

1997: elecciones en un régimen en crisis¹

Octavio Rodríguez Araujo

En términos electorales 1997² parece ser uno de los años más importantes de la historia de México. En el año 2000 quizá se diga lo mismo, pero ambas afirmaciones no necesariamente tendrían que ser incorrectas.

La importancia de 1997 radica en varios hechos significativos, algunos de los cuales podrían ser considerados más bien como supuestos con altas probabilidades de convertirse también en hechos, como sería el caso de que, eventualmente, la Cámara de Diputados federales no fuera ganada mayoritariamente por el Partido Revolucionario Institucional. Pero más importante sería cómo se aprovecha el periodo electoral para definir el futuro del país con la participación consciente de la sociedad con o sin los partidos.

La perspectiva de estas próximas elecciones la quiero ubicar en la crisis de un régimen, que no ha desaparecido del todo, y el surgimiento de un nuevo régimen que, además de nacer como una imposición desde fuera (aceptada por la tecnocracia mexicana), no ha logrado consolidarse entre otras razones por su impopularidad y las grandes contradicciones sociales que ha provocado.

Los hechos

En **primer lugar** el sistema de partidos en México ha sufrido cambios importantes. El predominio del PRI no está asegurado, por lo que el antiguo sistema denominado "pluripartidismo con partido dominante" --que en ocasiones fue más una descripción formal que real--, ha sido sustituido por un pluripartidismo *a prueba*, que intenta abrirse paso entre grandes obstáculos que se resisten a su remoción.

La crisis del régimen, del llamado sistema político mexicano, ha arrastrado consigo a su partido, el PRI. Éste no responde más al nuevo régimen en formación, por más que, como aparato de control social, le siga siendo útil a quienes todavía gobiernan mayoritariamente. El régimen autoritario-populista, basado en formas corporativas y verticales de dominación social, comenzó su cuenta regresiva a finales de los años 70 y vio su fin con la imposición de lo que ahora denominamos *neoliberalismo* y con la sustitución de la vieja burocracia política por una tecnocracia al servicio del modelo y sin raíces en el nacionalismo heredado de la revolución de 1910. Para el nuevo régimen en formación, como en casi todo el mundo donde se ha impuesto el modelo neoliberal, la intervención del Estado en la economía (y en esferas complementarias) tendría que ser cada vez menor y, por lo mismo, los mercados dominados por unas cuantas empresas transnacionales habrían de ser el nuevo *absoluto*. Y este *nuevo absoluto* no necesita, substancialmente, el control de

¹ "1997: elecciones en un régimen en crisis" en Revista *Viento del Sur*, México, No. 9, primavera, 1997, pp. 7-11.

² En este año se renovará la Cámara de Diputados federales, parte de la Cámara de Senadores y la Asamblea del Distrito Federal, se elegirá por primera vez al gobernador de la capital del país, se renovarán las gubernaturas de seis estados, más de 300 presidencias municipales cambiarán de titular y se elegirán diputados locales en cuatro estados más de la Federación.

la sociedad basado en organizaciones sociales sino más bien en la disolución de éstas, por lo que cualquier forma corporativa, más allá de las corporaciones empresariales que dominan la economía mundial, es *disfuncional* y obsoleta. El PRI, por lo tanto y mientras no se transforme en un partido de individuos³, está en proceso de obsolescencia en relación con el nuevo régimen, como lo demuestra su lucha interna entre los “modernizadores” y los tradicionales llamados popularmente “dinosaurios” que defienden de mil maneras sus posiciones conquistadas a lo largo del tiempo y gracias al antiguo régimen del que formaron parte.

Los gobiernos del nuevo régimen, que por falta de imaginación llamaré *neoliberal*, han sido los artífices de la descomposición del pluripartidismo con partido dominante. Salinas de Gortari, segundo de los presidentes tecnócratas, se distinguió durante su mandato no sólo por los débiles apoyos a su partido, el PRI, sino también por la apertura de oportunidades --a veces en contra de las leyes-- para el Partido Acción Nacional. La presidencia de la república, en este periodo de gobierno, estableció una suerte de complicidad con el PAN, ocasionalmente en contra de los intereses mayoritarios del PRI y, por supuesto, en contra de los grupos de poder interno tradicionalistas. Sus propuestas de reforma del Estado y su *tesis* del “liberalismo social” (impuesta como ideología al PRI desde Los Pinos) contrariaron substancialmente el origen y la tradición del partido “casi único”, provocando en su interior fisuras y grietas cuyos resultados se ven ahora con la salida de conspicuos militantes hacia otros partidos, señaladamente hacia el de la Revolución Democrática (PRD), en el que se defiende, con variaciones de énfasis, el nacionalismo revolucionario que caracterizara al PRI desde antes de tener este nombre.⁴

El nuevo régimen no ha conocido periodo de consolidación, sino que más bien ha nacido y se sostiene en condiciones críticas. Hasta ahora, puede decirse, el nuevo régimen está también en crisis, crisis peculiar puesto que no tiene antecedentes de auge. El desprestigio del nuevo régimen⁵ se inició con el desastre económico del sexenio gubernamental de Miguel de la Madrid (1982-1988), motivo por el cual la mayoría de los ciudadanos votó por la oposición, principalmente por el candidato del entonces Frente Democrático Nacional, Cuauhtémoc Cárdenas. De este frente habría de nacer el PRD, partido que durante el sexenio pasado fue objeto de todas las hostilidades de que fue capaz el entonces presidente Salinas.

La elección de 1988 fue, sin lugar a dudas, la revelación de un nuevo sistema partidario que venía larvándose desde una década antes. No se quiere decir que desde

³ Esta transformación se ha intentado en varias ocasiones, pero los grupos formados y todavía consolidados en el corporativismo que ha caracterizado a este partido han dado una batalla que todavía no pierden del todo, pese a su visible deterioro.

⁴ El PRI vive, desde Salinas a la fecha, una gran confusión ideológica. Con Zedillo, siendo presidente del Institucional Santiago Oñate Laborde, se volvió al nacionalismo revolucionario y se abandonó el liberalismo social en una asamblea en donde la gente pedía la expulsión de Salinas. Pero la readopción de la antigua pauta ideológica sólo fue parte de la *catarsis* priísta en que se convirtió la asamblea, ya que en los hechos, con base en la disciplina que emana de la presidencia del país, el neoliberalismo es la ideología dominante.

⁵ Durante el gobierno de Salinas de Gortari, fruto de una de las elecciones más fraudulentas en el México posrevolucionario, se logró engañar a la mayor parte del pueblo de México y a no pocos líderes de opinión en el extranjero mediante el control de la inflación, la política asistencial-selectiva de los programas de Solidaridad y Procampo y una campaña propagandista demagógica sin precedentes. Uno de los autores que analizan este gran engaño es Eduardo R. Huchim, precisamente en su libro titulado *Engaño mayor (La campaña, la elección, la devaluación y la guerra)*, México, Grijalbo, 1995.

finales de los años 70 comenzara a bosquejarse el nuevo sistema de partidos, puesto que aquellos que se beneficiaron de la reforma político-electoral de 1977 son ahora partidos minoritarios, cuando no inexistentes o en vías de extinción. El ya viejo partido de la derecha, el PAN, resurgió de su crisis de 1975-1976 con mayores ímpetus y la izquierda tradicional habría de fundirse en la tercera gran escisión que el partido del régimen ha sufrido en su historia⁶. Podría decirse que el espectro pluripartidista propiciado por la reforma política de López Portillo fracasó para dar lugar a un sistema tripartidista, lo que no significa que no existan otros partidos. Las razones de dicho fracaso han sido estudiadas sólo parcialmente, pero una explicación plausible fue el hecho de que aquellos partidos se presentaban como organizaciones excluyentes (al reivindicarse como representantes de clases sociales específicas) cuando las modas ideológicas **dominantes** hasta la fecha ya se exhibían como incluyentes y pluriclasistas; lo que ha dado en llamarse “posmodernismo” y, por extensión para el ámbito de la izquierda, “posmarxismo”.

No me queda suficientemente claro si la adecuación de los partidos a la corriente defensora de la pluralidad es producto del fracaso de los intentos por atraer a determinadas clases sociales que sólo en reducido número se asumieron en la condición de quienes decían defender sus causas, o si tal adecuación se debió al convencimiento de que las vías revolucionarias para tomar el poder habían fracasado en los hechos, es decir con el ejercicio del poder. Pero tampoco me queda claro cómo es que quienes rechazan la vía revolucionaria para la toma del poder, por las consecuencias, piensan o creen que si el poder se alcanza por la vía de las elecciones su ejercicio será democrático en sentido amplio. Sobran los ejemplos de ejercicio de poder antidemocrático alcanzado tanto por vía revolucionaria como por vía electoral. El éxito del Ejército Zapatista de Liberación Nacional por su aceptación relativa en medios tan distintos como México y Argentina y en no pocos países desarrollados se debe, en buena medida y a pesar de tratarse de un ejército al margen de las leyes, a su llamado a la sociedad civil, es decir a la pluralidad (y no a una clase social específica) y, además, a que no aspira al poder. Y este dato debiera inducir a reflexiones sobre el grado de *conciencia de sí* de grandes sectores de la población mundial que no tienen razones objetivas para aplaudir los “logros” del capitalismo, y menos en su fase actual caracterizada precisamente por ser excluyente como nunca antes.

De aquí que, en **segundo lugar**, haya de considerarse el tipo de organizaciones que componen mayoritariamente el sistema de partidos. Estos no son más los partidos ideológicos y clasistas del pasado. Ahora, como en Estados Unidos desde el siglo XIX, los partidos son más bien de tipo *catch all*, plurales y generales no sólo en su composición social sino en sus planteamientos y propuestas. Ninguno de los partidos mayoritarios en el México de ahora se opone, por ejemplo, al capitalismo, aunque se dé el caso de que se cuestione su **forma** dominante actual (el PRD, por ejemplo); y ninguno, tampoco, se dirige a una clase social específica sino a todas: trabajadores y patronos, campesinos sin tierra y propietarios de agroindustrias, etcétera.

⁶ Las grandes escisiones sufridas por el PRM-PRI, y que se tradujeron en oposición electoral al partido del que se desprendieron, fueron la de Juan Andrew Almazán (1939-40), la de Miguel Henríquez Guzmán (1951-52) y la de la Corriente Democrática encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas (1987-88). Sobre la importancia de la oposición cismática y las crisis políticas pueden consultarse Octavio Rodríguez Araujo, “Crisis políticas en México”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, UNAM, número 124, abril-junio de 1986 y también Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos en México*, México, Siglo XXI, a partir de la 10ª edición actualizada de 1989.

Esta característica de los partidos está determinada principalmente por una suerte de realismo electoral. Los planteamientos generales, no muy precisos, tienen más aceptación entre la población que ha demostrado ser mayoritariamente conservadora y poco informada. Y, contrariamente a lo que se pensaba todavía en la década antepasada, las crisis económicas provocan actitudes defensivas incluso entre sectores obligados a la marginación de la vida económica y a la desesperanza. El éxito del PAN no se explicaría sin este conservadurismo, aun si existiera una especie de reacción contra el régimen imperante expresada en el voto de castigo o, como se ha dicho en ciertos medios, en el voto útil para derrotar al PRI. Este pragmatismo electoral es característico incluso del PRD, como lo evidencia el caso Campeche y la selección de una priísta (ahora perredista) como su candidata a la gubernatura.⁷

La misma característica pragmática de los partidos, más la crisis del régimen (del antiguo y del que quiere ser su sustituto) y por lo tanto del PRI, convierte a los opositores en partidos más competitivos y con mayores probabilidades de triunfos, lo que no debe interpretarse como una toma de posición clara y consciente de la población, ya que no hay evidencia suficiente de que en donde gobierna el PAN (tratándose de estados y municipios) y otros partidos (tratándose de municipios) las cosas hayan mejorado substancialmente tanto en términos económicos como políticos, digamos la democracia en el ejercicio del poder.⁸

De otra manera dicho, los partidos ahora son más competitivos por estar menos definidos ideológicamente, por ser incluyentes (*catch all*), por la crisis del viejo régimen y del PRI y, concomitantemente, por el desprestigio del nuevo régimen antipopular desde su nacimiento. Asimismo, por la baja conciencia (conocimiento) política generalizada de la población (que se expresa como conservadurismo, defensa substancial de lo que hay) y, quizá, porque cada vez hay más gente que quiere cambios pero no sabe con precisión hacia dónde.

La perspectiva inmediata

¿Por qué un régimen en crisis (el viejo y el nuevo traslapados) en el que participan personas y grupos que se resisten a dejar el poder, tolera la competitividad de los partidos y acepta triunfos opositores, cuando la tradición era la política de *carro completo* con base en todo tipo de fraudes? Una posible respuesta se ubicaría en el también pragmatismo de quienes gobiernan y, desde luego, en sus representados con poder económico.

⁷ Deberá recordarse que el expriísta y luego senador por el PRD, Guillermo del Río Ortégón, se perfilaba como candidato de su partido para el gobierno de Campeche y que al renunciar Layda Sansores al PRI ésta fue incorporada al PRD y como candidata del mismo, sin que mediara convención alguna o elección interna de los perredistas de Campeche, pese a los intentos por cuidar las formas. En este caso no hay duda de que el criterio seguido por la dirección del PRD fue pragmático, por lo que no importaron las formas que, por cierto, no se diferenciaron mucho de las seguidas por el PRI y que fueran criticadas en su momento por quienes militaron en este partido y ahora dirigen el PRD.

⁸ El PAN gobierna en Baja California, Chihuahua, Guanajuato y Jalisco, además de 248 municipios en 26 estados, el PRD gobierna en 222 municipios en 21 estados, el PT en 16 municipios en diez estados. Citado en *El Financiero*, 5 de enero de 1997. En casi ninguno de estos casos se ha visto mejoría en los niveles de vida de su población ni relaciones democráticas entre el poder y la población.

Siguiendo la lógica de mi interpretación en los párrafos anteriores, el gobierno actual y los intereses a los que sirve deben entender que si el PAN se anota más triunfos que los obtenidos hasta ahora el asunto es grave para el PRI, ciertamente, pero no para el proyecto económico que se ha impuesto y se quiere continuar. Asimismo, entenderán que los retos para el PRD, incluso para mantenerse como una verdadera tercera fuerza electoral, lo obligan a un cierto clientelismo electoral y también que este clientelismo pragmático no convierte el discurso político en hechos concretos de gobierno, y menos mientras no se tenga el gobierno central (federal formalmente) que es donde se deciden tanto las políticas para el país como un todo como las políticas locales en particular (los estados de la Federación, sin el “apoyo” de ésta, dado el ficticio federalismo existente en México, tienen pocos recursos y, por lo mismo, reducidas probabilidades de concreción de programas de gobierno al margen del proyecto general que se decide en el centro). El PAN también entiende lo mismo, de ahí que rechazara olímpicamente formar alguna suerte de coalición con el PRD para derrotar al PRI en las próximas elecciones para renovar el poder legislativo y gobernar el Distrito Federal.

Aun así, el gobierno no acepta grandes riesgos (*el poder no se cede*), como lo demuestra su “reforma electoral definitiva” que no alteró, por ejemplo, el asunto del financiamiento de los partidos en favor, sustancialmente, del PRI, para no hablar de la “ciudadanización” del Instituto Federal Electoral y de sus correspondientes estatales y municipales que, a todas luces, está cargada en favor del régimen, del gobierno, del PRI y del PAN, por más que los consejeros designados se presenten bajo el manto de la imparcialidad.

Lo que está en juego, en estos momentos, no es sólo el futuro de los partidos en una lógica de alternancia en el poder. Es tan precario este futuro que si el gobierno logra convencer a la población mayoritaria de que la situación económica está mejorando, el voto a favor del PRI --fraudes al margen-- podría conservarse, como ya ocurrió en las elecciones federales de 1991 y 1994⁹. Lo que está en juego en realidad es el futuro del nuevo régimen en formación: se consolida o es modificado en lo substancial. Y ante este reto los partidos y otras fuerzas político-sociales tienen una gran responsabilidad. En los momentos actuales tanto esas fuerzas político-sociales (incluyendo a algunas de éstas que hace poco tiempo eran antipartido y entielectorales) como los partidos todos no se plantean, más allá del discurso, la transformación del régimen sino su participación en la esfera del Estado como mecanismo de autofortalecimiento, sin darse cuenta --supongo-- que con esta política están coadyuvando al mantenimiento y legitimación del nuevo régimen en formación.

⁹ La derrama de recursos públicos para este semestre previo a las elecciones no sólo es desproporcionada, en comparación con el mismo periodo del año anterior, sino que se están ejerciendo fondos que debieron gastarse en 1996. Por si no fuera suficiente, el presidente Zedillo está haciendo campaña en favor de su partido, tanto con su presencia en diferentes entidades federales como con la reiteración discursiva de una supuesta recuperación económica que beneficiará a *todos* los mexicanos.